Seminario del Sdo. Corazón y Ntra. Sra. del Rosario
Olías del Rey, Toledo
14 de septiembre 2018

La articulación de pensamiento y vida: actualidad de Santo Tomás de Aquino

Jaime Nubiola[1]
(jnubiola@unav.es)
Universidad de Navarra

[Texto oral]

Fieles a la tradición socrática, los filósofos aprovechamos siempre ocasiones como esta de la apertura de un nuevo curso académico para "hablar en serio", de forma que mis palabras les inviten a pensar con radicalidad aquí y ahora sobre su propia vida intelectual. En esta ocasión me he servido de un texto que preparé hace varios años para la celebración de la fiesta de santo Tomás de Aquino en el Seminario Arquidiocesano de Chihuahua. No soy tomista, ni un estudioso de santo Tomás, pero sí me considero un "amigo de Tomás"; alguien que de una manera u otra está en permanente coloquio con el pensamiento y la persona de Tomás de Aquino, porque trato siempre de aprender de él ese difícil *oficio de sabio*, tal como titula su maravilloso libro mi buen amigo Rafael Tomás Caldera a quien tanto deben mis palabras[2].

Mi lección tiene su origen en la enseñanza —aprendida de san Josemaría Escrivá— de cultivar la filosofía del mismo modo que santo Tomás la cultivaría si viviese hoy. El fundador del Opus Dei "no era amigo de un tipo esclerotizado de tomismo: en el trabajo teológico no se trata de «repetir todas y solamente las enseñanzas de santo Tomás. Se trata de algo muy distinto: debemos ciertamente cultivar la doctrina del Doctor Angélico, pero del mismo modo que él la cultivaría si hoy viviese. Por eso, algunas veces habrá que llevar a término lo que él mismo solo pudo comenzar; y por eso también hacemos nuestros todos los hallazgos de otros autores que respondan a la verdad»"[3].

Con esta finalidad, voy a organizar mi exposición en tres secciones: 1) primeramente querría apuntar algo muy general sobre el sentido de la vida de Tomás de Aquino; 2) en segundo lugar, me gustaría denunciar el peligro del escolasticismo que ha acechado tantas veces a las enseñanzas de Tomás; finalmente, 3) querría decir muy claro que —con santo Tomás— no solo debemos escuchar a la tradición, sino que sobre todo hemos de aspirar a

---

[1] Agradezco muy vivamente la invitación del P. Francisco Coronado Domínguez para dictar esta lección con ocasión de la apertura del curso 2018-19, así como la mediación de Rafael Salgado para hacer efectiva esa invitación. Para mi exposición me he basado en la lección que con el mismo título impartí en el Seminario Arquidiocesano de Chihuahua el 26 de enero del 2010 en la celebración de la fiesta de santo Tomás de Aquino. Agradezco las correcciones y sugerencias de Sara Barrena, Mons. Francisco Conesa, María Rosa Espot y Ramon Nubiola.

[2] Rafael Tomás Caldera, *El oficio del sabio*, 2ª ed. revisada y ampliada, El Centauro, Caracas, 1996.

[3] San Josemaría Escrivá, *Carta* 9-I.1951, n. 22. Citado por Mariano Fazio, *El último romántico. San Josemaría en el siglo XXI*, Rialp, Madrid, 2018, pp. 87-8.

reflexionar sobre nuestra experiencia hasta articular unitariamente pensamiento y corazón en una vida genuinamente intelectual.

1. El sentido de una vida

Una de las mejores biografías de santo Tomás de Aquino es la que escribió James A. Weisheipl hace más de cuarenta años. Ya desde sus primeras páginas el autor se lamentaba de una desafortunada dicotomía —provocada quizá por el auge del neotomismo[4]— entre los historiadores estudiosos de santo Tomás y los "tomistas especulativos" y achacaba a esa división el declive del tomismo contemporáneo. "A menos que las enseñanzas del Aquinate se vean en su verdadera dimensión histórica, existe el peligro no solo de malinterpretar su doctrina, sino de hacer a santo Tomás irrelevante para nuestra época", escribía este autor al formular el propósito de su libro[5]. En la biografía preparada veinte años después por Jean-Pierre Torrell "se desarrolla además con acierto la dimensión espiritual de la vida de Aquino como un religioso dominico dedicado a entregar a otros lo que él había experimentado en su contemplación, tanto mística como espiritual, enraizada en la fe"[6].

De la primera biografía quiero resaltar —por lo mucho que me impactó cuando en su día la leí— la tesis que defiende Weisheipl de que en su segunda estancia en París (1268-1272), "Tomás fue inducido a mitigar el excesivo intelectualismo que había desplegado anteriormente"[7], quizá por una experiencia mística o por haber advertido con más radicalidad el carácter apostólico de toda su obra: esto le llevó a colocar la voluntad, el amor, por encima del intelecto, del *intelectualismo* o del *racionalismo*, podría quizá decirse mejor. De hecho, la segunda parte de su *Summa Theologiae* "es sumamente original en su estudio de la vida moral del hombre, reconociendo su complejidad y la primacía del amor en todas las acciones humanas"[8].

A nadie se le oculta que algo parecido puede decirse del papa emérito Benedicto XVI. El eje central de sus enseñanzas —su ariete intelectual en el panorama a veces desolador de la cultura actual— se encontraba en su reiterada afirmación de que es preciso ensanchar la razón humana moderna para que en ella quepan el corazón, los sentimientos, la belleza y la bondad, "las fuerzas salvadoras de la fe, el discernimiento entre el bien y el mal"[9]; para que en la razón puedan encontrar cabida aquellos elementos más humanos que fueron desechados por el materialismo científico ilustrado de los dos últimos siglos. Este es también el núcleo del famoso discurso de Ratisbona:

> Este intento de *crítica de la razón moderna desde su interior*, expuesto solo a grandes rasgos, no comporta de manera alguna la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna. [...] La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino *ampliar nuestro concepto de razón y de su uso*. [...]

---

[4] Cf. Joseph Owens, "El predominio cartesiano en el pensamiento neo-tomista", *Revista de Filosofía*, México, nº 88 (1997), pp. 54-87.
[5] James A. Weisheipl, *Tomás de Aquino. Vida, obras y doctrina*, Eunsa, Pamplona, 1994, pp. 19-20. (Pub. orig. Doubleday, 1974).
[6] Walter Principe, "Foreword", Jean-Pierre Torrell, *Saint Thomas Aquinas. The Person and His Work*, The Catholic University of America Press, Washington, D.C., 1996, p. ix.
[7] James A. Weisheipl, *Tomás de Aquino*, p. 285; cf. Paul Wadell, *The Primacy of Love: An Introduction to the Ethics of Thomas Aquinas*, Paulist Press, New York, 1992, p. 1. (trad. cast., Palabra, Madrid, 2002).
[8] James A. Weisheipl, *Tomás de Aquino*, p. 261.
[9] Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 23; cf. *Deus caritas est*, n. 28, *Caritas in veritate*, n. 33, etc.

Solo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir su horizonte en toda su amplitud[10].

Pero volvamos ahora al siglo XIII. Me parece que todos recuerdan la historia. El 6 de diciembre de 1273, después de celebrar la misa en la festividad de san Nicolás, Tomás se sintió súbitamente conmovido y a partir de entonces ya no escribió ni dictó nada más. "Ya no puedo. Todo lo que he escrito me parece paja después de lo que he visto", explicó Tomás a su secretario Reginaldo cuando este le urgía a seguir escribiendo. Fallecería tres meses después, el 7 de marzo, agotado del todo cuando contaba solo con 48 años[11]. Sería declarado santo en 1323, apenas cincuenta años después.

Un punto me gusta destacar particularmente de la vida de santo Tomás y es que concebía su reflexión como una *forma de vida*, como una actividad que impregnaba y dotaba de sentido a toda su existencia, como un esfuerzo personal de penetración y de exposición, marcado en toda su hondura por una clarísima finalidad *apostólica*. Tomás tenía un excelente conocimiento de los datos de la ciencia de la época, conocía siempre la "bibliografía" más reciente e incluso cultivó en ocasiones la belleza literaria en la expresión. Podemos decir con rotundidad que santo Tomás fue un verdadero *sabio*, que había aprendido muy bien su *oficio* —que es siempre "un servicio y un deber"— y que como buen sabio deseaba transmitirlo fielmente a otros: "es intrínseco a la tarea del sabio comunicar lo contemplado: *contemplata aliis tradere* (II-II, 186, 6, *in c*)"[12].

De su oficio y de su personal modo de desempeñarlo podemos nosotros aprender muchísimo todavía hoy. Quizá todos recuerden sus consejos al joven deseoso de adquirir el tesoro de la ciencia. De entre esos consejos me gusta destacar el primero que invita a andarse con rodeos para llegar a la verdad, que lleva a dar vueltas a las cosas, sin dejarse arrastrar por improvisaciones o por la precipitación: "Que elijas adentrarte por los ríos y no el meterte de frente en el mar, porque conviene llegar a lo más difícil a través de lo más fácil"[13]. Me gustaría recordar además otra actitud suya, extraordinariamente atractiva, que es para mí la marca distintiva del sabio y que complementa muy bien ese primer consejo. Lo haré de nuevo con palabras de Weisheipl: Tomás "nunca se conformó con una simple repetición de un punto de vista expresado anteriormente, incluso cuando respondía a las consultas epistolares que buscaban su experta opinión sobre distintos problemas; siempre repensaba la cuestión. Quizás este fue el secreto de su originalidad y frescor: plantear siempre nuevamente todo problema, y presentar nuevas y más precisas soluciones a antiguas dificultades"[14].

Dar vueltas a las cosas despacio, sin prisas; repensar siempre de nuevo las cuestiones planteadas, aun las ya previamente conocidas. Estas dos cualidades se completan con una tercera que es la de escuchar a los demás y aprender de ellos: en terminología actual, lo

---

[10] Benedicto XVI, "Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones", Discurso del Santo Padre en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre 2006, (las cursivas son mías), [http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20060912_university-regensburg_sp.html].

[11] Cf. James A. Weisheipl, *Tomás de Aquino*, pp. 368-374; Jean-Pierre Torrell, *Iniciación a Tomás de Aquino: su persona y su obra*, Eunsa, Pamplona, 2002, pp. 309-315.

[12] Rafael Tomás Caldera, *El oficio del sabio*, p. 15.

[13] Tomás de Aquino, *Opuscula Theologica*, I, 451.

[14] James A. Weisheipl, *Tomás de Aquino*, p. 365. Algo parecido advierte Hannah Arendt: "Siempre pensé que había que empezar a pensar como si nadie hubiera pensado antes y luego empezar a aprender de los demás". Hannah Arendt, *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1998, pp. 170-171.

llamaríamos la capacidad de "trabajar en equipo" también en el ámbito intelectual. El sabio no es un investigador solitario, sino que vive en permanente diálogo con los demás, con sus contemporáneos, pero también con los que le han precedido e incluso con los que vendrán después. El sabio está persuadido de que siempre se puede pensar más, de que siempre se puede pensar mejor; de que si uno no puede ya más, le queda al menos la esperanza de que otros vendrán detrás que lo harán mejor.

Desde hace años, he prestado mucha atención al filósofo y científico norteamericano Charles S. Peirce (1839-1914) —profundo admirador de Tomás de Aquino y de la Escolástica[15]— y este es uno de los rasgos más atractivos también de su pensamiento. "No llamo ciencia a los estudios solitarios de un hombre aislado —escribe Peirce en 1905 y hemos adoptado esta frase como lema de nuestro Grupo de Estudios Peirceanos—. Solo cuando un grupo de hombres, más o menos en intercomunicación, se ayudan y estimulan unos a otros al comprender un conjunto particular de estudios como ningún extraño podría comprenderlos, [solo entonces] llamo a su vida ciencia"[16]. La ciencia, la sabiduría, no es una 'cosa', unos libros, una enciclopedia; es originalmente una forma de vida, porque nace y crece en la vida de aquellos que —como Tomás o Peirce— se toman en serio la capacidad de la razón proseguida comunitariamente para adentrarse en la dilucidación de lo real, para buscar y encontrar la verdad.

2. El peligro del escolasticismo

Con lo que acabo de decir estará claro para todos que no hay nada que me parezca más opuesto al espíritu de Tomás de Aquino que la repetición rutinaria de sus textos o de sus soluciones a problemas que a menudo ni siquiera se han llegado a comprender en sus verdaderos términos o que incluso no se sienten realmente como *problemas*. Esta es la clave de la genuina reflexión filosófica o teológica. Y esta clave se pierde cuando la filosofía o la teología se convierten en una *escolástica* en el peor sentido del término, esto es, cuando se convierte en algo que se enseña, pero no en algo que se vive; cuando aquello que se enseña en las clases es incapaz de conferir sentido a las vidas de quienes las imparten y de quienes las escuchan (tal como acontece hoy en día —dicho sea de paso— en buena parte de la filosofía académica angloamericana actual).

Lo importante de la filosofía o de la teología son los problemas, comprender su hondura, su complejidad, las diversas maneras de abordarlos. Entender a fondo un problema es más importante incluso que su misma solución, pues nuestras soluciones son humanas, esto es, son siempre falibles, corregibles y mejorables. De hecho, en la mayor parte de los campos, vendrán otros detrás que afortunadamente lo harán mejor que nosotros, pues tendrán más datos y más recursos para encontrar una solución mejor que la nuestra. Los filósofos en la tradición de Tomás defendemos —ha escrito Caldera— "una *modesta inquisitio veritatis* (I *Contra Gentiles*, 5), que no retrocede ante los mayores interrogantes pero no reduce a discurso el misterio de lo real"[17]. Una búsqueda modesta de la verdad, persuadidos de que

[15] Cf. Mauricio Beuchot, *Estudios sobre Peirce y la Escolástica*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2002.
[16] Charles S. Peirce, "The Nature of Science", *MS* 1334, Adirondack Summer School Lectures, 1905.
[17] Rafael Tomás Caldera, *El oficio del sabio*, p. 17.

somos enanos, pero convencidos también de que, encaramados a hombros de los gigantes que nos han precedido, podremos llegar a ver más lejos que ellos.

Mi buen amigo el obispo de Menorca, Francisco Conesa, a quien pedí que leyera mi lección, me escribía invitándome a subrayar

> la apertura a la verdad, venga de donde venga. Tomás era un buscador de la verdad. Para él lo importante no es de dónde viene sino si es o no verdad. En su pensamiento acoge intuiciones de los griegos, de los árabes, del pensamiento judío, de otros medievales, etc., sin ser por ello un ecléctico. Esto se refleja en una máxima que toma de un escrito del *Ambrosiaster*: *Omne verum, a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*. Santo Tomás cita dieciséis veces esta frase. En *Fides et Ratio* n. 44 se cita, para subrayar que «santo Tomás amó de manera desinteresada la verdad. La buscó allí donde pudiera manifestarse, poniendo de relieve al máximo su universalidad».

No tenemos —ni santo Tomás ni yo— un método universal solucionador de problemas ni un repertorio de soluciones para todos los problemas. Por una parte, hay algunos problemas radicalmente novedosos como los que plantean los más avanzados desarrollos de la tecnología o de las investigaciones médicas; por otra, hay muchas cuestiones y muy importantes que —apelando a la famosa distinción de Gabriel Marcel— más que problemas constituyen verdaderamente *misterios* que realmente no *podemos* solucionar, y a veces ni siquiera llegar a comprender plenamente. Pensemos, por ejemplo, en el problema del mal o de la muerte. Los filósofos y los teólogos, más que los "solucionadores", somos los custodios, los pastores de los problemas del espíritu; somos, en expresión de Husserl, los "funcionarios de la humanidad"; intentamos impedir que la humanidad abdique de su humana condición, de su razón, por mor de una supuesta eficiencia o víctima de la superficialidad. Esos problemas —tantas veces insolubles— son los enigmas del espíritu que nos hacen plenamente personas.

Ya a principios del siglo XX el cardenal Mercier (1851-1926) —gran valedor del neotomismo en la Universidad de Lovaina— había advertido con notable claridad hasta cuatro efectos perniciosos del "abuso del método escolástico". De un modo del todo opuesto a lo que hizo efectivamente Tomás de Aquino, este método —afirmaba Mercier— puede llevar, en primer lugar, a menospreciar "la iniciativa personal en el descubrimiento de la verdad", "el contacto con los hechos", "la percepción inmediata de la realidad" y "la historia de los progresos del pensamiento científico"; en segundo lugar, conduce a pasar por alto el carácter probable y provisional que tienen la mayor parte de los conocimientos humanos; en tercer lugar, la atención exclusiva a lo verdadero, a lo intelectual, va en detrimento de la sensibilidad y de la voluntad (del "corazón", podría decirse también); y en cuarto lugar, Mercier llamaba la atención hacia el riesgo de un desaprecio por la forma literaria de expresión[18].

Para que los cursos de los estudios institucionales sean atractivos sus profesores han de lograr explicitar su finalidad eminentemente apostólica, así como el efectivo crecimiento y potenciación de los alumnos que toman ese curso mediante el ensanchamiento de su horizonte vocacional. No basta hoy en día con exhumar textos y repetir lo que dijeron los filósofos antiguos y medievales. Eso sería quizá cómodo, pero es perfectamente inútil para lo que nuestra cultura y nuestros alumnos necesitan. Lo que hay que hacer más bien es repensar y revivir lo que escribieron Tomás de Aquino y otros ilustres predecesores nuestros para llegar a hacer ahora lo que ellos harían si fueran profesores en nuestro lugar.

---

[18] Désiré Joseph Mercier, *Logique*, Alcan, París, 1919 (6ª ed.; 4ª ed, 1905), pp. 377-380; trad. cast. *Curso de filosofía: Lógica*, Madrid, 1935, pp. 175-178.

Se trata esta de una cuestión *metodológica* en el mejor sentido del término. La decadencia de la Escolástica en los siglos XIV y XV es atribuida por mis colegas los profesores Saranyana e Illanes "al espíritu de escuela que lleva a considerar la fidelidad al maestro como valor supremo, y por tanto, a discutir más sobre el sentido de las palabras por él escritas que sobre la realidad en sí misma. También a la separación entre Teología y espiritualidad"[19], y poco más adelante añaden que la transición de las *quaestiones* y los comentarios medievales a los manuales modernos supone la sustitución del *ordo inventionis* por el *ordo expositionis*, "con las ventajas —transmisión de la totalidad de los datos, exposición acabada, etc.—, pero también con los límites —menor acento en la creatividad intelectual— que ese cambio supone"[20]. A esto puede añadirse que de ordinario la tradición manualística da respuestas, pero no se hace cargo de cuáles son las preguntas a las que responden esas respuestas, y esas preguntas o cuestiones tampoco son de ordinario las preguntas, angustias y problemas que tienen los seres humanos de principios del siglo XXI.

Releyendo una entrevista al Papa Francisco me golpearon sus palabras que contrastaban la genialidad de Tomás de Aquino con los pobres manuales que el ahora papa estudió en su juventud: "No debemos confundir la genialidad del tomismo con el tomismo decadente. Yo, desgraciadamente, estudié la filosofía en manuales del tomismo decadente. En su pensamiento sobre el hombre la Iglesia debería tender a la genialidad, no a la decadencia"[21].

Los manuales al uso —que no dudo de que sean necesarios o muy convenientes en la enseñanza, al menos en los seminarios— no facilitan nada este carácter vivo, vital, de la reflexión filosófica y tienden a presentar la historia de la filosofía más bien como un museo paleontológico, como una colección de fósiles, y no —en expresión de Robert Spaemann— como una conversación prolongada a lo largo de los siglos sobre las cuestiones últimas. De entre los estudiosos de santo Tomás de la primera mitad del siglo XX tengo un particular aprecio por Etienne Gilson (1884-1978), profesor en Francia y en Harvard por muchos años, donde dictó en 1936 sus famosas —y fascinantes— *William James Lectures* bajo el título de *La unidad de la experiencia filosófica*, cuya detenida lectura recomiendo vivamente a todos. En ellas explicaba con brillantez, entre otras muchas cosas, cómo la historia de la filosofía es realmente el laboratorio del filósofo, el lugar donde se prueba la capacidad explicativa de las diversas teorías que a lo largo de la historia se han ido formulando en torno a los diversos problemas que han inquietado a los seres humanos de cada época.

El mayor peligro del escolasticismo es la renuncia a pensar por propia cuenta por parte de estudiantes y profesores. Cuando hace años leí el relato autobiográfico del filósofo Anthony Kenny en el que relataba su penoso abandono de la Iglesia Católica me impresionó mucho el contraste que describía entre sus profesores de la Universidad Gregoriana en Roma y sus profesores de Oxford, donde se integró. Decía de sus nuevos colegas de Oxford: "Sus pensamientos afectaban a sus vidas; el modo en que ellos enseñaban filosofía afectaba al modo en que se comportaban"[22]. Me atrevo a sugerir que quizás el talante genuino de Tomás

---

[19] José Luis Illanes y Josep I. Saranyana, *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, BAC, Madrid, 1995, pp. 191 y 207.

[20] José Luis Illanes y Josep I. Saranyana, *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, pp. 237-238.

[21] A. Spadaro, "Entrevista al Papa Francisco", 19 de agosto 2013, *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, XLV, n. 39, 27 de septiembre de 2013. Accesible on line <https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130921_intervista-spadaro.html>.

[22] Anthony Kenny, *A Path from Rome: An Autobiography*, Sidgwick & Jackson, London, 1985, p. 197.

se encontraba más entre sus nuevos colegas oxonienses que en aquella enseñanza escolástica que en Roma había recibido.

Quizá por este motivo me gusta a mí mucho, siguiendo a Josef Pieper, decir que el "tomismo" no es un conjunto de doctrinas, sino sobre todo una actitud humana e intelectual de apertura magnánima a la realidad y de permanente atención a las opiniones de los demás. Es precisamente esta apertura la clave de su fuerza, de su atractivo y también de su actualidad[23]. En una cultura pluralista como la de hoy el futuro del tomismo[24] pende de que quienes estudian a Tomás de Aquino aprendan de él esta vigorosa actitud, nacida del reconocimiento de la capacidad de verdad que todos los seres humanos poseen y de la convicción de que en cada genuino esfuerzo intelectual hay algún aspecto luminoso del que podemos aprender, de que la verdad humana está constituida por el saber acumulado, construido entre todos, a través de una historia multisecular de intentos, errores, rectificaciones y aciertos. Así lo recordaba Juan Pablo II en el VIII Congreso Tomista Internacional con ocasión del centenario de la encíclica *Aeterni Patris*:

> Por esto, después de haber concedido la precedencia a la voz de las cosas, santo Tomás se sitúa en respetuosa escucha de cuanto han dicho y dicen los filósofos, para dar una valoración de ello, poniéndolos en confrontación con la realidad concreta. *Ut videatur quid veritatis sit in singulis opinionibus et in quo deficiant. Omnes enim opiniones secundum quid aliquid verum dicunt* (I *Dist*. 23 q. I a. 3). Es imposible que el conocer humano y las opiniones de los hombres estén totalmente privadas de toda verdad. Es un principio que santo Tomás toma de san Agustín y lo hace propio. (...) Esta presencia de la verdad, aunque sea parcial e imperfecta y a veces torcida, es un puente que une a cada uno de los hombres a los otros hombres y hace posible el entendimiento cuando hay buena voluntad[25].

La confianza en la razón humana se funda en la naturaleza razonable de las cosas y hace posible el desarrollo de la ciencia y la comunicación con los demás[26]. La razón humana, aun falible y parcial, en diálogo abierto con los demás (*disputatio*) es el alma de la enseñanza: a través de la *quaestio*, del problema, y del análisis racional de las diversas autoridades y de las razones que asisten a cada una de ellas, puede progresarse en la comprensión de los problemas y en muchos casos puede alcanzarse la verdad en la cuestión de que se trate[27].

Pierre Hadot ha sostenido que la profesionalización de la filosofía en la Universidad a partir del siglo XIII lleva implícita su desvitalización, su inevitable transformación en "escolástica", en el peor sentido del término[28]. Sin duda, algo de eso hay. Me parece a mí que,

---

[23] Josef Pieper, *Actualidad del tomismo*, Ateneo, Madrid, 1952, pp. 31-32; "'Thomism' as an Attitude", *The Silence of Saint Thomas*, Henry Regnery, Chicago, 1965, pp. 102-103.

[24] Cf. William Norris Clarke, "Thomism and Contemporary Philosophical Pluralism", en D. W. Hudson y D. W. Moran (eds.), *The Future of Thomism*, American Maritain Association, Mishawaka, IN, 1992, pp. 91-108; Gerald A. McCool, *From Unity to Pluralism. The Internal Evolution of Thomism*, Fordham University Press, New York, 2002.

[25] Juan Pablo II, "Discurso para conmemorar el centenario de la encíclica *Aeterni Patris*", 13 septiembre 1980, [http://www.mercaba.org/JUANPABLOII/MENSAJES/tomismo1.htm]; cf. A. del Portillo, "L'attualità di San Tommaso d'Aquino secondo il magistero di Giovanni Paolo II", *Rendere amabile la verità*, Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1995, pp. 398- 414.

[26] Cf. Georges Cottier, "Thomisme et modernité", en Serge-Thomas Bonino (ed.), *Saint Thomas au XXe siècle*, Saint Paul, Paris, 1994, p. 358.

[27] Puede verse una interesante descripción en Robert W. Mulligan, "The Disputed Question Style", en St. Thomas Aquinas, *The Disputed Questions on Truth*, Henry Regnery, Chicago, 1952, pp. xix-xvii. En la reciente audiencia general de Benedicto XVI del 28 de octubre del 2009, destacaba el valor del método escolástico: < http://www.elcatolicismo.com.co/?idcategoria=17018>

[28] Cf. Pierre Hadot, *Philosophy as a Way of Life,* Blackwell, Oxford, 1995.

si el estudio de la filosofía se tornase algo ajeno a la vida y a las preocupaciones de los seres humanos que la estudian, perdería del todo su sentido. Tomás de Aquino siempre hizo una filosofía íntimamente vinculada a sus preocupaciones teológicas —que era su profesión— y vitales.

Mis años de dedicación a la docencia de la filosofía han sido los más felices y gozosos de mi vida; los más reconfortantes al comprobar cómo la filosofía, aliada con la escritura, era capaz de conferir sentido a la vida de muchos de mis estudiantes. La última sección de mi lección está destinada a desvelarles mi secreto.

3. Aunar pensamiento y vida: algunas recomendaciones

Muy probablemente el problema más grave que afecta a la juventud —incluidos por supuesto los seminaristas— es la dolorosa experiencia de la separación entre pensamiento y vida. Para muchos es realmente un auténtico desgarramiento. Por un lado están las clases, las teorías, las ideas y los principios, incluso los ideales de progreso personal en todos los órdenes, las obligaciones y deberes que la cabeza dice que hay que cumplir; por otro lado, la vida, con sus turbulencias e inquietudes, los sentimientos y los conflictos, los amigos, la diversión y muchas otras cosas más que van en vuestro corazón. Ambos mundos, el del pensamiento y el de la vida, permanecen casi siempre totalmente separados, como si se tratara de universos distintos, y además no parece factible establecer puentes que hagan fácil el paso de uno a otro. Cuando se produce una escisión tan tajante es casi siempre a costa del lado del pensamiento: los jóvenes renuncian a pensar o se quedan tantas veces en la mera superficialidad.

Pues bien, una vida genuinamente intelectual —más aún, la de quienes como ustedes aspiran al sacerdocio— ha de intentar articular unitariamente esos dos polos, el del estudio, el rigor, la lógica y todo lo demás, y el del interés humano, el de lo vital. Una manera de entender cómo lograr esto es mediante la imagen del campo magnético que aprendí hace algunos años del profesor Hilary Putnam. Si encerramos los dos polos en un único campo puede saltar la chispa entre ambos; esa chispa que encienda la luz de nuestra vida intelectual y que sea incluso capaz de iluminar y de llegar a calentar a quienes tengamos a nuestro lado. Como Plutarco advirtió ya en su *Ars Audiendi*, educar no es llenar un vaso, sino más bien encender un fuego[29].

¿Cómo lograr esto? Quizá pueda lograrse de diversas maneras. El camino que recomiendo a los jóvenes para articular unitariamente su pensamiento y su vida es el de la escritura personal, esto es, el de lanzarse a escribir sobre lo que llevan en su corazón y en su cabeza. Tengo bien comprobado que cuando los jóvenes se empeñan en escribir se transforman en artistas —o al menos en artesanos— porque descubren que el corazón de su razón es la propia imaginación.

Para escribir, por supuesto, lo primero es tener algo que decir y para ello es indispensable cultivar la propia vitalidad interior. Lo segundo es descubrir que un seminarista por el hecho de serlo, por intentar vivir coherentemente con su fe, tiene ya *mucho que decir*, pero debe descubrir la forma personal más adecuada de hacerlo. Para cultivar la imaginación

[29] *Moralia* 1, Gredos, Madrid 1992, p. 193

hay que leer a los grandes novelistas del siglo XIX y XX. Un libro cada semana (o al menos cada mes), un libro siempre en el bolsillo o en la cartera.

La clave para acertar con la escritura es escribir solo de lo que uno sabe, de la propia experiencia vivida o imaginada. En vuestro caso se trata de escribir desde la experiencia personal de ser estudiante del Seminario de Olías del Rey en el año 2018: comprender con hondura esa experiencia vital no es tampoco cosa fácil. La escritura sirve para suturar aquel desgarro entre nuestras ideas y nuestras emociones, para coser el abismo aparentemente insalvable entre lo teórico y lo práctico. Vale la pena caer en la cuenta de que escribir es precisamente una tarea práctica, impregnada de teoría, porque en la escritura podemos volcar nuestras ideas y nuestros ideales.

Escribir es una actividad que ensancha nuestro vivir y, si compartimos lo escrito con personas a las que queremos, eso mismo nos sitúa con firmeza en la realidad compartida del mundo vital. Yo cuando más libre me siento es ante una página en blanco de mi cuaderno o ante un nuevo documento en mi computadora. Luego soy feliz entregando mis textos a otros o leyéndoselos en voz alta como ahora, pues esa es para mí la mejor manera de hablar —como suele decirse—con el corazón en la mano. Realmente para quienes nos dedicamos a la filosofía vivir es escribir y, por supuesto, también escribir es vivir.

Como acabo de decir, para ponerse a escribir resulta indispensable el cultivo de la propia vitalidad interior. Para esto, además del recurso a la oración, quiero sugerir otras tres recomendaciones, ancladas en mi experiencia personal y también en la enseñanza vital de santo Tomás. Parece un trabalenguas: Pensar lo que vivimos. Decir lo que pensamos. Vivir lo que decimos. Las describiré brevemente.

Pensar lo que vivimos: se trata de volcar la atención no en cuestiones abstrusas y remotas, sino en las cosas que nos pasan, que experimentamos dentro de nosotros o en nuestra relación con los demás. Se trata de reflexionar sobre nuestra propia existencia, sobre los conflictos en los que nos vemos envueltos, en las tensiones, gozos y tristezas que llenan nuestra vida; consiste en hacer examen para comprender de verdad lo que vivimos. Pensar sobre nuestra vida nos ayuda a ser mejores, nos ayuda al menos a intentarlo.

Decir lo que pensamos: hemos de aprender a decir lo que pensamos sobre las cosas, de manera oportuna, pero con claridad. Amar la verdad. No mentir nunca. Aprender a expresar lo pensado confiere además una mayor hondura a nuestra reflexión, pues al buscar las palabras acertadas para decir lo que queremos decir exploramos más a fondo la cuestión que nos ocupa. A esto ayuda el poner por escrito las cosas: escribir es poner en limpio lo pensado.

Vivir lo que decimos: con esta expresión estoy aludiendo al empeño de cada uno por hacer verdad en su vida lo que uno dice, a poner entusiasmo y pasión en lo que defendemos procurando además dar ejemplo con nuestra vida. Esta actitud es la que muchas veces inspira la gozosa confianza de quienes nos escuchan y les abre la puerta de la verdadera amistad.

4. Conclusión

Debo terminar ya. Quiero hacerlo evocando mi recuerdo de la lectura de la *Suma Teológica* hace ya muchos años. Me había propuesto leer toda esta magna obra, artículo por artículo (¡y tiene 2.669!). Comencé por el principio y cada noche en la cama leía solo uno de

los artículos. Primero el título que planteaba la cuestión, que planteaba una pregunta; después las objeciones que santo Tomás acumula en contra de su posición. Entonces, cerraba el libro, lo dejaba sobre la cama y procuraba ponerme en los zapatos de santo Tomás para intentar adivinar cómo solventaría las dificultades que había reunido en las objeciones. Después de pensar un rato leía la respuesta de santo Tomás comprobando si había acertado o no. Al cabo de unas pocas semanas, familiarizado ya con el método, esta operación me resultaba fascinante, pues venía a ser como hacer un crucigrama con razones, distinciones y argumentos[30].

Con este recuerdo lo que quiero decirles es que Tomás de Aquino enseña a pensar y además enseña a vivir, a vivir delante de Dios y delante de nuestros contemporáneos. Por eso es de una extraordinaria actualidad.

Muchas gracias por su atención.

[30] La metáfora del crucigrama no pretende decir que la *Suma* sea un pasatiempo, sino que pretende evocar la sugestiva propuesta de Susan Haack en *Evidence and Inquiry*: encontrar una respuesta a un problema viene a ser como hallar la respuesta acertada a una entrada del crucigrama: importa el ajuste con la definición (la experiencia), pero también su coherencia con las demás palabras ya resueltas (su racionalidad).